

0548. El que lo puede todo

Hoy vamos a hacer una reflexión muy provechosa sobre Dios, y nos vamos a fijar en su *omnipotencia*, con la cual puede todo y consigue todo. ¡Dios nos va a inspirar una gran confianza en Él.

Observamos cómo hay algo en la vida que nos subyuga a todos, y es la fuerza, el poder, la energía.

Un hombre goza mirando el tractor que desmorona todo y todo lo allana, o el avión jet que arranca con una potencia asombrosa.

Una mujer, que busca siempre el apoyo del más fuerte, admira y se embelesa ante ese atleta de musculatura hercúlea, o, contemplando el desfile, da razón al mayor poeta centroamericano, cuando canta: *Y la más bella, sonrío al más fiero de los vencedores...*

Es la magia de la fuerza, que nos atrae, nos da firmeza y seguridad en la vida.

En nuestra reflexión de hoy, pasamos ahora nuestro pensamiento a Dios.

¿Significa algo para nosotros el contar con un Dios fuerte, todopoderoso, al que nadie ni nada se resiste, y que se pone a nuestro favor?... ¿Vemos la confianza que nace en nuestros corazones al pensar que con Dios lo podemos todo?... ¿Puede existir el miedo en aquel que tiene fe, y sabe que está siempre en la mano de ese Dios omnipotente?...

Muchas oraciones de la Liturgia comienzan con la conocida fórmula:

- *Dios Todopoderoso y Eterno..., Omnipotente y sempiterno Dios...*

Son expresiones arrancadas a tantas páginas de la Biblia. Por ejemplo, cuando Dios, por Jeremías (32,27), se jacta divinamente —hablemos así cariñosamente de Dios— y pregunta:

- *¿Habrà por ventura cosa alguna difícil para mí, que yo no pueda hacer?*

O como dice Isaías (44,24):

- *Yo soy el Señor, hacedor de todas las cosas. Por mí solo extendo los cielos, sin ayuda de nadie.*

Esto, hace exclamar al salmista:

- *Él habló, y todo quedó hecho; lo mandó, y todo fue creado* (Salmo 32,6)

Aquí podemos ver la potencia de Dios comparada con la de los hombres. El hombre, inteligente y con el poder que Dios le dio sobre la naturaleza, ha hecho maravillas.

Bien cerca de nosotros, el Canal de Panamá, que consume el trabajo de 0404.000 hombres...

La fisión del átomo, que se inicia en 1939, llega a los seis años con la explosión de la bomba atómica, y que será un día —cuando el hombre lo haya dominado y lo sepa manejar con seguridad plena— una fuente de energía de potencia incalculable...

El salto a la Luna, éxito máximo de la Humanidad, que empieza con un programa de la NASA en 1961, tarda ocho años y se lleva el costo fabuloso de 26.000 millones de dólares...

En verdad, hay para asombrarse y alabar a Dios por estos logros del hombre.

Pero, ¿y las obras de Dios? Todos esos inventos prodigiosos los ha conseguido el hombre con la fuerza que Dios le comunicó. ¿Cuál será el poder que tiene y se reserva Dios? Miramos sus obras más grandiosas, y las ha realizado con una sencillez y naturalidad desconcertantes. De la Creación del Universo, cuando no había nada en absoluto, nos dice la Biblia que Dios lo hizo todo en un instante con el simple *¡Hágase!* pronunciado por sus labios...

Por lo visto, Dios es Alguien que tiene poder..., cuando es vencida hasta la nada para dejar el paso a las incontables maravillas de la creación entera.

Si examinamos los sentimientos que este poder absoluto de Dios suscita en nosotros, vemos que todos se reducen, aparte de la admiración, a la *humildad* y a la *confianza*.

Desde el primer momento, cualquiera de nosotros se dice: ¿Y qué soy yo ante este Dios todopoderoso?

Pero añade espontáneamente después: ¿Qué no podré hacer yo, si cuento con este Dios omnipotente?...

La humildad y la confianza nuestras se entrelazan como dos flores bellas ante la mirada de Dios.

Este poder de Dios nos sobrecoge. Y cada uno de nosotros, cuando nos ponemos delante de Dios, nos decimos con la humildad del salmo:

- *¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?... ¿Qué soy yo, para que pienses en mí?... (Salmo 8,5)*

Si me levanto hasta los cielos, Tú, mi Dios, te alejas, porque no resistes al soberbio. Si me abajo, Tú, el Omnipotente, sabes hacerte chiquito, y abajarte como una mamá ante el niño pequeño, para acariciarlo, darle la mano cuando cae, y para jugar con él. Así haces Tú conmigo, cuando con humildad me pongo en tu presencia, reconociendo mi pequeñez...

Pero esta humildad, ¿nos mata la confianza? Todo lo contrario. Al sentirnos pequeños y sin fuerza, entendemos la verdad entera de ese salmo de la Biblia:

- *El Señor es el baluarte de mi vida, ¿quién me hará temblar? (Salmo 26,1)*

Nadie, mi Dios, puede nada contra mí, porque Tú estás conmigo.

Y yo, al no poder nada, lo puedo todo contigo. Tú y yo, lo podemos todo.

Las contrariedades de la vida, ¿qué son para tu omnipotencia, si yo me agarro a tu mano?

En el problema de mi salvación, ¿qué podrá contra mí el enemigo, si Tú me tienes sujeto a ti?...

Ante el poder de Dios, que tiemblen sus enemigos si quieren... Nosotros, porque somos débiles, tenemos en Él toda nuestra fuerza...